

ABEJA O MIEL, ¿ES LA SAUDADE?

Por ERNESTO CORTES AHUMADA

¿Por qué existen hombres solitarios, melancólicos, infinitamente angustiados, es decir, patéticos, grises y pluviosos? ¿Por qué hay pueblos enteros que, conciliando lo irreconciliable, mezclan su angustia inefable, su idealismo doliente con una carcajada clara y buída? ¿No es natural que ello sea así? ¿Predomina en el espíritu del hombre la tristeza o, por el contrario, la alegría? ¿Se prefiere la angustia, o la risa pánica, dionisiaca? ¿La sustancia íntima de nuestro ser es el dolor? O, más bien, ¿el canto jocundo? ¿O es un "lugar vacío"? He aquí unas cuantas incógnitas que nos colocan frente a lo que podría llamarse el **Descubrimiento de la Intimidación en los Hombres y en los Pueblos**, y que, por tanto, exige evitar los abusos, aun aquellos que por falta de cautela y malicia dan por sentado que la alegría y la angustia se excluyen. Pues paralelamente se plantea, bajo esos nombres, otra espinosa cuestión, a saber: que ellas presentan perfiles contradictorios. Precisamente porque son, como la vida misma, inagotables, imprevisibles, y fantásticas. No podemos, en efecto, dejarnos deslizar por la pendiente y decir: "La alegría, señores, es solo alegría, nada más que alegría". Cualquiera que haya experimentado la verdadera alegría sabe que eso no es cierto. Queramos o no, son como aquellas parejas de divinidades antiguas, Cástor y Póllux, cuyo destino consistió en nacer y morir juntos **Dei complices**. Y es que el hombre está condenado a vivir cual en una ciudad sitiada. ¡Extraña naturaleza la de la criatura humana! Zola, que fue "un momento de la conciencia humana" (Anatole France), que dice a voz en grito la "fealdad de la auténtica buhardilla", exclamó: "La tristeza infinita de la alegría, la desesperanza sin límite del sol", subrayando ese límite difuso, como de agua inaprehensible que hace y deshace imágenes, entre el dolor y el placer.

Con ser todos estos dilemas tan perentorios, conviene, no obstante, soslayar las respuestas teóricas al menos por hoy, y partir de un hecho bruto: la famosísima *saudade* portuguesa, toda vez que ella resalta, entre las varias tristezas del mundo, ese conjunto enorme de preocupaciones. Es incuestionable que el portugués experimenta la melancolía y, porque la experimenta, la tormenta interior incendia con resplandores dolorosos su vida. En definitiva algo muy claro y de lo cual no sabe duda. Pero a las preguntas ¿por qué es el portugués *saudadoso*? ¿Tiene sentido, refiriéndose a su ser total, que sea siempre triste? ¿Cuál es la causa para que prefiera la angustia? Ya no podemos aventar tanta seguridad. Si

ensayamos una respuesta, comprendemos que bien se podrían adelantar otras. Y así la meditación se cuele por el punto menos previsible: la realidad se complase en ocultarse, como lo advirtió Heráclito. Sin pretender tomar el rábano por las hojas, ahora resulta, y por lo pronto, que la "mismidad" de la *saudade* es ocultación. Mas —preguntará alguien— ¿ocultación de qué? Pues de la intimidad portuguesa, sea ella la que sea. ¡Ah! Luego el portugués cultiva la melancolía merced a una determinada "mismidad" o intimidad.

He aquí las pruebas. Se ha dicho que las cosas en su "mismidad" que van tapadas por todo lo que tiene que ver con ellas pero que no son ellas. Puesto en relaciones este agudo juicio con la *saudade*, podemos obtener dos conclusiones perentorias. En primer lugar, no llega al alma del lusitano en virtud de un suceso foráneo, aunque este la provoque, sino que, al contrario, brota de ella misma, mejor aún, la modela, la cultiva debido justamente a esa intimidad. En segundo lugar tiene que ver con ella como si fuese ella. La *saudade* tiene, pues, que ver con la intimidad lusitana sin ser ella misma. Esto quiere decir, ni más ni menos, que, inexorablemente, depende de esa intimidad. Si esto no es verdad, habría que convenir en que ella constituye una entidad independiente y que, por lo mismo, consiste en la "mismidad" de la intimidad portuguesa. En suma, que de ser la miel, se nos ha convertido en la abeja. ¿Será posible? ¿No se habrá injertado ahí algún error de perspectiva? Para salir del embrollo solo queda un camino, esto es, revisar las teorías que confieren a la *saudade* independencia más o menos absoluta. Y esto se consigue explorando, claro está, esa selva *selvaggia*.

Ensáyese así resolver textualmente, por ejemplo, la teoría de Vianna Moog, para quien la tristeza de la gente lusitana viene de su gran "aventura atlántica". Hubo un momento, según él, en que el remordimiento, la desesperación y la conciencia de haber actuado mal, mientras el portugués vivió lejos de la patria, le tornó melancólico, "saudadoso", triste, a perpetuidad, como si la melancolía misma hubiese descendido sobre Portugal. Se insinúa allí una subyugación de mitos, usos e ideas por mediación de esta peripecia oceánica y una transformación radical del alma portuguesa que desalojó la primitiva alegría. ¿Cómo es posible que una peripecia histórica, apenas un insuceso histórico, no obstante su magnitud, haya cambiado tan por completo al lusitano? No es fácil de explicar esta transformación apoyándose únicamente en el desplazamiento allende el mar. Imposible desestimar el periplo lusitano; pero tampoco cabe henchirlo inopinadamente. Pues pasa con él lo mismo que con los azares individuales: "toda vida tiene una órbita normal preestablecida, en cuya línea pone el azar, sin desvirtuarla esencialmente, sus sinuosidades e identificaciones" (Ortega). Así con los pueblos. Su historia consiste en ir pasándole cosas, contingencias extrínsecas —crisis financieras, cambios políticos, conquistas marítimas— sobre unos rasgos esenciales que se van desarrollando en el tiempo (1). En cualquier proceso histórico estos rasgos esenciales determinan lo que se llama su ley y su sentido; algo que, por

(1) No creo desvirtuar la idea de Ortega sobre la "órbita normal preestablecida" si aclaro que es una órbita que continúa formándose, *natura naturata*, en vez de una creación perpetua, rigurosamente inmodificable: *natura naturans*.

tener sentido y ley justamente, transforma todo devenir histórico de fenómeno exterior en suceso interno, íntimo, en que las contingencias superficiales que caen desde fuera toman, según la raza, un cariz distinto. Un cambio político, verbigracia, tendrá significación y desde luego consecuencias dispares ya ocurra en Inglaterra o en Colombia.

Y esto acacció a los lusitanos con su "aventura atlántica": que su remordimiento, su desesperación y su "infelicidad masoquista" (!) son consecuencia de cierto temperamento nacional que está a punto con el íntimo sentir de cada portugués y que dio a esta aventura un tinte especial —el del dolor y la melancolía—. O dicho de otra manera: repercutió ella de un cierto modo previsible, se entiende su repercusión sentimental, porque el alma del lusitano poseía desde ya esa contextura inequívoca, a modo de cauce normal preestablecido. Un inglés del siglo XVI hubiera acumulado —y claro es que acumuló— con motivo de ella otra sensación vital. Del mismo modo, el francés, el holandés o el español. A la postre la tal aventura, no sirvió para otra cosa que para exteriorizar un estado de alma colectivo, un matiz psicológico evidente. La fisonomía dolorosa del alma lusitana es más honda y definitiva que esa que la reduce a la disolución de la pena en el océano, digamos en el nirvana, que aniquiló la alegría portuguesa. Tan evidente es esta honda y permanente melancolía, que el vivir de esta raza se ve como una faena que consiste en dejar fluir su propia tristeza.

Ahora bien: si la teoría de Vianna es rigurosamente exacta, sería falso suponer —según lo acabo de hacer— que, antes de la "aventura oceánica", existía ya la *saudade*. Sin embargo, no solo es cierta esa suposición sino que existe un elocuente testimonio. Me refiero a la "Ora marítima", o itinerario de las costas peninsulares de Avieno, compuesto en el siglo I de Jesucristo, y que describe el periplo ejecutado por un viajero masolita cuatro siglos antes, quien desde su patria, Marsella, recorre todo el Levante español, corta el Atlántico —"éste es el máximo mar, éste es el padre de nuestro mar": Avieno— y llega hasta Lisboa. Y es él, precisamente el masolita, el que alude, a quince siglos de la "aventura atlántica" a la tristeza de estas gentes que lloran para cantar y cantan para llorar. *Soidades de non sei qué...*, repiten unos y otros, hasta el bardo de Gundar, que, transido de emoción panteísta, muere virgen a los noventa años. Pero todavía existe otro indicio, el cual hecha definitivamente por tierra la teoría de Vianna Moog. Como he dicho, en derredor de la *saudade* vemos funcionar, al mismo tiempo, la alegría como un mecanismo de evasión, sin que la logre sustituir y sin que suplante el jolgorio. Resulta que, con prestigio de abolengos y genealogías, el gentilicio lusitano viene de *Lusus*, aquel dios que los romanos hicieron hijo de Baco para dignificar el juego, la distracción. Ya esta sola advocación se erige en sospecha de la tristeza inmemorial del portugués. La cosa es sorprendente, pero cierta. Que en el juego, que es una de las técnicas más desinteresadas, más suficientes de la diversión, por lo vibrante y ubérrimo, hallemos el rastro de la tristeza lusitana, su eco, su huella, es sin duda digno de perplejidad. ¡Gran casualidad! Los portugueses son tristes irremediablemente tristes, y, a su vez, aman la diversión. ("Quero-te muto ó Dor! Amo-te inmenso!"). Es indecible hasta qué punto toca, en su raíz,

esta dualidad una formidable cuestión humana. Sin embargo, vayamos derecho al juego... al juego lusitano eso sí, sin minimizar el suceso. El juego es, en su sentido formal, digamos en su cara seria, mera y espontánea evasión; es, dígame lo que se diga, la excepción de la regla que confirma la melancolía de Portugal. Al portugués le complace entregarse al juego, que es broma, que es farsa; le divierte por un momento precisamente porque es otra cosa que su constitutiva tristeza. De este modo impide que su vida sea toda melancolía y *saudade*, entre otras cosas porque no tendría de qué estar triste. Es que, en Portugal, el juego tiene, como las frutas, su estación. Y por esto los romanos les llamaron lusitanos, hijos de *Lusus*, dios de la distracción; pues, al fin y al cabo, el árbol se explica por su fruto y, en Portugal —¿quién lo creyera?— la “*saudade*” por la felicidad.

La *saudade*, pues, resulta común al lusitano del siglo X y del siglo XX, al marino de Magallanes y al contemporáneo de Eugenio de Castro. No se le puede ubicar, por sí misma, como ha pretendido Vianna Moog y aun E. Correa Calderón, que la supone debida al perpetuo exilio de los celtas, aquí o allá. Como sucede a los nómades con sus tiendas, hay que levantarlas cada vez que parece echar raíces firmes la teoría. Me parece entonces que apenas en el quicio de una interpretación de la *saudade* (2), y con carácter de mera aproximación, se puede hacer navegar una que otra nao de certidumbre hacia aquel inicial conjunto de dilemas enormes, afirmando simplemente: hay hombres melancólicos, solitarios y en extremo angustiados; hay pueblos que prefieren la *saudade*, la *soidá*, la *morriña*, la *señardade*, el *hieraeth* a la carcajada pánica y pantagruélica; hay gentes patéticas, grises, pluviosas y, no obstante, paradisiacamente alegres... porque la combinación de los factores que estructuran el soma y el espíritu de esos pueblos, hombres y “razas” es simplemente de ese modo y no de otro. En fin, porque la mezcla de razas y culturas y climas han creado una *Hibris* de intimidad, de “mismidad”.

(2) Claro está que la *Saudade*, como la miel, es algo en sí misma. Se comprende perfectamente su origen gnóstico y, por lo mismo, intuitivo; pero ello no quiere decir que su estudio tenga que hacerse fuera del rigor filosófico. Así, para su interpretación metafísica pueden consultarse los trabajos de Ramón Piñeiro, García Sabell y Ruf Carballo.